

ORANDO CON LA PALABRA

(Quinto Domingo de Cuaresma)

En aquel tiempo, un cierto Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta, su hermana, había caído enfermo. María era la que ungió al Señor con perfume y le enjugó los pies con su cabellera; el enfermo era su hermano Lázaro. Las hermanas mandaron recado a Jesús, diciendo: «Señor, tu amigo está enfermo». Jesús, al oírlo, dijo: «Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella». Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo, se quedó todavía dos días en donde estaba. Sólo entonces dice a sus discípulos: «Vamos otra vez a Judea». Los discípulos le replican: «Maestro, hace poco intentaban apedrearte los judíos, ¿y vas a volver allí?». Jesús contestó: «¿No tiene el día doce horas? Si uno camina de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si camina de noche, tropieza, porque le falta la luz». Dicho esto, añadió: «Lázaro, nuestro amigo, está dormido; voy a despertarlo». Entonces le dijeron sus discípulos: «Señor, si duerme, se salvará». Jesús se refería a su muerte; en cambio, ellos creyeron que hablaba del sueño natural. Entonces Jesús les replicó claramente: «Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de que no hayamos estado allí, para que creáis. Y ahora vamos a su casa.» Entonces Tomás, apodado el Mellizo, dijo a los demás discípulos: «Vamos también nosotros y muramos con él.»

Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Betania distaba poco de Jerusalén: unos tres kilómetros; y muchos judíos habían ido a ver a Marta y a María, para darles el pésame por su hermano. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedaba en casa. Y dijo Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá.» Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará». Marta respondió: «Sé que resucitará en la resurrección del último día», Jesús le dice: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?» Ella le contestó: «Sí, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo». Y dicho esto, fue a llamar a su hermana María, diciéndole en voz baja: «El Maestro está ahí y te llama». Apenas lo oyó, se levantó y salió adonde estaba él; porque Jesús no había entrado todavía en la aldea, sino que estaba aún donde Marta lo había encontrado. Los judíos que estaban con ella en casa consolándola, al ver que María se levantaba y salía de prisa, la siguieron, pensando que iba al sepulcro a llorar allí. Cuando llegó María adonde estaba Jesús, al verlo se echó a sus pies diciéndole: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano.» Jesús, viéndola llorar a ella y viendo llorar a los judíos que la acompañaban, sollozó y, muy conmovido, preguntó: «¿Dónde lo habéis enterrado?». Le contestaron: «Señor, ven a verlo». Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: «¡Cómo lo quería!». Pero algunos dijeron: «Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que muriera éste?». Jesús, sollozando de nuevo, llega al sepulcro. Era una cavidad cubierta con una losa. Dice Jesús: «Quitad la losa». Marta, la hermana del muerto, le dice: «Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días». Jesús le dice: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?». Entonces quitaron la losa, Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado.» Y dicho esto, gritó con voz potente: «Lázaro, ven afuera». El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: «Desatadlo y dejadlo andar». Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él”.

(Jn 11,1-45)

Seguimos profundizando en esta Cuaresma, en camino hacia una vida resucitada en la misma Muerte y Resurrección de Jesús. Y en este sentido, la Palabra en el texto de Juan, nos va acercando a las dimensiones más profundas, más básicas y, más entrañables de la vida y de la fe: la amistad y el cariño, la fidelidad y la confianza, la conciencia de fragilidad radical y la esperanza en la Vida para siempre

.El relato, entrañable y simbólico nos muestra a un Jesús profundamente humano que quiere a

sus amigos, que llora con su dolor, que apuesta por la vida y comparte todo tipo de muerte que aflige a la persona. Pero el relato nos muestra también a un Jesús Presencia salvadora, que nos invita a creer en la Vida definitiva de Dios que ya está en nosotros y que la muerte biológica no podrá destruir. “ el que cree en mí, no morirá para siempre”.

La Palabra, en este texto de la resurrección de Lázaro, nos vuelve a situar ante la realidad más radical del hombre, la muerte y ante la decisión libre de aceptar en fe, el misterio de la Resurrección, el misterio de nuestra vida resucitada en la misma Vida definitiva de Dios. Que como Jesús, que nos abre a una Vida nueva, sigamos apostando por la vida, por todo lo que genera ilusión y esperanza .Que nos preparemos a la celebración de la Pascua, reactivando ya en nosotros, las actitudes y los gestos humanos que van siendo ya, rostro de la Vida resucitada en Cristo Jesús. Que vivamos esa transformación en nuestra vida personal, en nuestras relaciones y en el compromiso por ir caminando hacia un Mundo reconciliado.

ORACIÓN

En Betania, Señor, junto a Marta y María
llorando la muerte de Lázaro,
contemplo y celebro lo nuclear de la vida,
la amistad y el cariño,
el dolor y la impotencia,
la muerte y la fe.

De forma sencilla y simbólica,
nos muestras dos dimensiones
de tu misterio personal.
Te vemos y te sentimos
humano, cercano,
conmovido por el dolor de tus amigas,
pero también nos muestras tu fuerza salvadora
y nos invitas a creer
en tu misma Vida resucitada
presente ya en nosotros,
y que permanecerá viva, tras la muerte biológica.
“el que cree en mí, aunque muera, vivirá”.

Haznos, Señor,
sencillamente humanos, como tú.
Que celebremos y agradezcamos
la vida que nos regalas
en los amigos, en los detalles,
en los sueños compartidos.
Que ningún dolor nos sea ajeno,
que ningún tipo de muerte nos deje indiferentes,
que no apoyemos con nuestro silencio
ninguna injusticia que siga creando

sufrimiento y muerte.

Como en Betania, tus amigos,
también nosotros soñamos con vivir
en armonía y en paz,
pero en demasiados momentos matamos la vida.
La matamos.. cuando borramos sonrisas,
levantamos muros ,ahogamos ilusiones,
cuando no dialogamos ante los problemas,
sino que imponemos parcial y autoritariamente,
nuestra voz.

Enséñanos a ir reactivando en nosotros,
todo lo que vaya siendo ya,
rostro de tu Vida resucitada.
A ir haciéndolo realidad
en las cosas pequeñas de cada día,
en el reconocer
lo bueno y positivo de cada persona,
en el vivir cada momento
como posibilidad nueva de crecer,
de compartir, de soñar.

Ayúdanos a descubrirte
en los momentos más duros
de dolor, de enfermedad, de muerte.
Cuando desposeídos de todo,
en silencio y en soledad radical,
nos encontramos contigo, en el misterio.
Que en estos momentos te vivamos como Presencia
que serena, fortalece y pacífica.
Que tu Palabra nos haga fuertes en la fe:
“El que cree en mi, vivirá para siempre”.

Ponemos ante tu mirada, Señor,
a todos los que, cualquier tipo de muerte
les ha robado la vida y la esperanza
Que te encuentren como el amigo entrañable
que comparte y acompaña,
que ofrece la vida y la recrea,
en el Misterio Pascual de la Vida resucitada.
Amén

(Hna. F.Oyonarte)

